

Una excitación incómoda, casi revulsiva le azotó el pecho. Las punzadas calientes se le mezclaban con la niebla. Una niebla espesa y sucia que esa mañana lo cubría todo.

Nada más desagradable para él que la textura que lo envolvía . Detestaba la ingravidez de esa maraña sin cuerpo y sin masa. Millones de hilos de araña se le prendían al rostro , imprimiendo en los pómulos, aún dormidos, pegajosas señales huidizas.

Desde que comenzara a andar por aquel caminito, cargado de locura y olvido no había notado nada fuera de lo común, o mejor dicho nada que le alarmase. Si había alguien capaz de extrañarse de lo común, de no repetir circunstancias, de no percibir jamás el mismo paisaje, ese era él. Todas las mañanas desde que llegara al caserón daba su paseo. Nunca era el mismo.

Fue al entrar en *ciudadantigua*, como solían llamarla los internos del Sanatorio, que la niebla se le echó encima. Se le presentó como sorprende lo inevitable cuando nunca se le espera.

Su adentrarse en aquella masa viscosa, lo distrajo del paseo, ocultándole algo para él mucho más irremediable, algo que no podía tardar en descubrir. Cualquiera lo hubiese pasado por alto. No él. Fue

entonces en uno de estos viajes de ida y vuelta al infinito de la mente, que el corazón se le salió por la boca. Sintió de un golpe el tórax vacío y allí se fue instalando una especie de ausencia, latido a latido, náusea a náusea.

Un temporal agitaba el inmenso mar ,que naciera con él alguna vez , en sus párpados hinchados como mundos.

La ausencia siempre denuncia la necesidad de uno hacia *la cosa* que ya no está. La esencia de lo que construye el mundo de una persona.

Todos necesitamos algo que está fuera de nosotros. Cosas, materias, circunstancias, sabores, olores, imágenes, afectos, entes escurridizos con escamas-cuchillos que nos desgarran las vísceras con filos impotentes de presencia .

¿Cómo ser impasible ante lo imposible?

Siguió caminando inmerso en la acuosa angustia que lo bañara paso a paso, evidencia a evidencia. Definitivamente aquella calle no era la misma que día tras día le llenaba los bolsillos con dos o tres alegrías.

Ahora todo eran recuerdos, vivencias vestidas de presente. Aquella calle no es la calle que ven los transeúntes que componen el escenario mutante de las 9:30.

El ya no esta allí.

Rojos. Rojos, se mueven. Van permitiendo carnosamente con ritmo entreabierto que los sonidos escapen.

Unos labios. Unos labios, desde donde zarpan palabras-anzuelo. Un chico rubio mira absorto unos labios que mastican deseo. Se encuentra perdido en el movimiento de ese refugio que todo recoge. Sus labios y esa extraña piedra.

Ella no lo apreciaba, pero él la está acariciando toda sin tocarla. Siente la textura rugosa, sin forma, sin precio deslizándose por entre sus dedos. Esa piedra. ¿En que momento llego a sus manos?. Ahora es piel tibia que desprende mil datos que su mano anota.

No pudo prolongar el instante, por eso, al verla irse tan ajena tan hasta nunca, todo su anhelo se concentró en aquella piedra. Y no fue tanto por el valor nostálgico del que se visten los objetos que poseemos. Aunque también había algo de esto: la memoria siempre llena esos momentos en los que no ocurre nada.

A partir de entonces no podía relacionarse con el mundo sin una piedra a mano que le tradujese cada gesto, cada sonrisa, cada sombra, cada silueta, cada vibración.

Era una dependencia protésica, como el marcapasos para el cardíaco o la insulina para el diabético. Necesitaba la piedra como catalizador de vida.

Ya no había realidad sin sus piedras.

En un comienzo se aferró a aquella que le entregara el cuerpo de su primer amor. La llevaba a todas partes consigo, pero sucedió que se le hizo algo exasperante la monótona tibieza de aquella piel ausente. Poco a poco al igual que se encontró con la primera piedra inconscientemente, recogió y encontró otras. Cada una le habría una puerta al mundo. Un mundo hecho de mundos.

Ya no había realidad sin sus piedras.

Todos los días al pasear por el sendero que lo llevaba a ciudadantigua reparaba en algo distinto:

El sonido de las piedras al caminar sobre ellas, los destellos al son de cada paso. Las piedras que aún

sostenían desgastadas por los carruajes del tiempo las puertas de la ciudad. El reflejo distorsionado de un rostro absorto mirando un tarro de cristal repleto de rocas, acomodadas todas unas en las otras. Piedras tristes, ágiles, cómicas, piedras oscuras y misteriosas. Piedras-historia, piedras-infancia, piedras-enfermedad, piedras-estatus, piedras pisapapeles, aguantalibros,.....piedras callejeras, piedras de nadie.

¿Qué pasaba con aquella calle?

Absorto subió el escalón. A metro y medio sobre la valla que cerraba el parque había un cartel. Un cartel que confirmaba su angustia inicial. Angustia vital. Cartel infame con tendenciosas promesas de bienestar. A sus ojos, la ciudad había desaparecido. Casi no podía ver. No encontraba ninguna. Se debatía entre leer el cartel (irremediabilmente ya sabía lo que decía) o arrojarlo al suelo. Arrastrarse hasta encontrar algo de vida. Sus piedras. Se las habían llevado.

Notó la rigidez que le iba invadiendo; él mismo le hacía hueco. Desde mucho antes conocía a la muerte. Sus rocas le hablaron de lo estático y de la temperatura fría. No le sorprendió. No le importaba. Sabía que una vez más, se fundaban acuerdos entre las personas, para matar posibilidades. Las piedras desaparecieron de la ciudad. Y aquella mañana, él con ellas.

En aquel cartel podía leerse:

*“Ciudad sin piedras,
por tus hijos,
por la paz.”*

Tres frases aberrantes que parecían esfumarse por la sonrisa de aquel candidato a la alcaldía de la foto-retrato.

La misma cara en todas partes. En época de elecciones todos los soportes-publicitarios se convierten en álbumes de foto con soez comentario al pie de la misma.

Es la época en la que el comercio de los objetos deja paso al comercio de... las personas, ... de los sueños, ...de la ciudad.